¿Tenemos claro el sentido de la universidad? Dialoguemos con la tradición

La sabiduría de nuestros ancestros se plasma a menudo en forma de expresiones cortas en extensión, pero muy ricas en significado y en sentido; buscando siempre ir más allá de la visión instrumental y utilitarista de la realidad. De este modo, aunque muchos de ellos no tuvieron el privilegio de ir al colegio y/o a la universidad, sin embargo, tenían y siguen teniendo una intuición sobre el sentido de la formación que es muy interesante y que merece la pena rescatar.

Esta intuición se puede captar a través de las palabras que los padres suelen expresar a sus hijos para animarlos y a ayudarlos a entender la importancia de tomarse en serio la formación en sus distintos niveles, desde el colegio hasta la universidad. Pero, ello exige la necesidad de conocer y proteger los idiomas de los pueblos porque, como advirtió la Unesco en 2003 sobre el peligro de la desaparición de las lenguas, «La extinción de una lengua significa la pérdida irrecuperable de saberes únicos, culturales, históricos, ecológicos. Cada lengua es una expresión humana irrecuperable de su experiencia del mundo».

Después de esta invitación, volvemos al tema que nos ocupa y vemos que si se hace un recorrido breve a través de la riqueza de la diversidad lingüística de algunos pueblos de la Guinea Ecuatorial se puede observar, por ejemplo, que:

Entre la comunidad *Kombe*, idioma hablado por los llamados «hombres de la costa» o del «pueblo unido» (los *Ndo-wé*)» es común que los padres utilicen expresiones como «estudia y camina hacia delante, aunque no tengas lanza»; o esta otra que dice, «*Ikuakua* muana, *emuuteo tata djanga na etomba*» (Estudia, hijo, vas a cuidar de la familia y de tu pueblo).

Los hablantes del idioma de Aküe Obiang, también llamados usuarios de las palabras de *Nana Angoo* (*Naa Angoo*) hijos de *Medjo-Naa* (palabras de *Naa* o *Nana*) o de *Ma-djo-Naa* (Digo *Naa* o *Nana*); comúnmente conocidos como los *Fang* (*Nfang*, auténtico), manejan una expresión bastante curiosa: «*Sicolo eñe ane esua y'a ñua*» (la formación será para ti como tu padre y tu madre).

Igualmente, encontramos expresiones similares entre los hablantes del *bubi*, *fá d'Ambô* y *kwasio* (idioma hablado por los *Bisió* o *Bujeba o Mekuk*), etc.

El denominador común de esta intuición popular tiene que ver con la función transformadora que la formación ha de tener para la persona. El

niño se hace hombre y pasa a cuidar a la familia y de él mismo. La formación me acompañará el día de mañana cuando falten papá y mamá.

Entonces, convertirse en hombre significa precisamente ser un hombre auténtico que responde a la llamada de la realidad con sensatez. El paso de un niño que es cuidado por sus padres a un hombre cuidador.

A partir de los anterior, podemos ver que el ideal hacia el que tiende la formación, según el pensar común de los ancestros es esa transformación de la persona. No se trata de formarse para ser un ministro, sino desempeñar esta función desde la verdad misma que exige este puesto: ministro significa servidor. En la misma línea, ser abogado sin más no es un ideal cuando no implica un luchar constante por la justicia; ser sacerdote significa poco o nada cuando no se vive una entrega día a día a la vida de oración para la salvación de las almas a la luz de la verdad de Cristo crucificado; ser profesor obliga a enseñar la verdad de verdad y en verdad.

Por todo ello, la universidad es una comunidad de buscadores de la verdad. Por tanto, ha de proponer una formación que transforme a las personas que por ella pasan año tras año; y que esta transformación integre todas las dimensiones de la vida del ser de la persona. Debe ser un espacio adecuado y favorable para que la persona pueda realizarse plenamente, no a medias. Al ingeniero también hay que hablarle del hombre, del sentido de la vida, de la verdad, del bien, de la belleza; y viceversa, al filósofo también hay que hablar de números, de estadísticas, etc.

Urge entender que el máster significa ser más (no tener más) en liderazgo de servicio. Ser más humano: más abogado, más sacerdote, más ingeniero, más filósofo, más político, más ministro, más universitario, más militar, etc. Ser más en aquello que nos hace vivir propiamente como humanos y no en aquello que instaura una cultura del desprecio hacia los más vulnerables. Ser más en pensar con el corazón y no con el bolsillo.

Si esto no se tiene claro y no se aplica, como parece ser la tendencia de la mayoría de las universidades del mundo, la universidad seguirá reduciendo la razón humana a una simple razón instrumental, calculadora. Seguirá adiestrando a los monstruosos hombres que seguirán destruyendo el mundo de todos, como de hecho ya está sucediendo.

Después de lo dicho hasta ahora, estamos en condiciones de establecer una relación entre el sentido clásico y medieval de la universidad y la intuición sobre la formación que muestra el pensar común de los pueblos

de nuestra Guinea Ecuatorial y que se fundamenta en formar para transformar.

Lo que transforma no es el hecho de llegar a ser un ministro, sino el vivir como tal: ministro significa servidor. No se trata de ser un abogado, sino ejercer como tal, viviendo y defendiendo constantemente la justicia. No es ser profesor, sino enseñar la verdad. No es el ser sacerdote, sino procurar la salvación de las almas. Esta transformación que nuestros ancestros intuyeron es una tal que sirve para toda la vida, a la que se puede acudir siempre y la que instaura una cultura de aprecio a las vidas más vulnerables. Esto es así, porque los títulos universitarios no están para decorar las paredes de las casas, sino para decorar y transformar los corazones de quienes les son dados.